

NARRACIONES HISTORICAS

Colón en Canarias

(De la novela «Tierra Virgen», del gran escritor italiano Antonio Julio Barrili.)

VERSION CASTELLANA

de

FRANCISCO JAVIER GODO

o o o

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Valentín Sanz. 15.

PARABOLAS HISTORICAS

Colón en Canarias

Por don Juan de los Rios y de la Haza
Escritor de Cámara de S. M. C. de España

LIBRO PRIMERO

53

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA

1890

LIBRO PRIMERO DE FEBRERO

En la imprenta de...

I

EN ALTA MAR

Puede admitirse la existencia de días nefastos, sea para unos, sea para todos; pero hay que convenir en que el viernes, tan calumniado, no figura entre aquellos días. De mí sé decir que, si consulto los hechos de mi vida, he de tener el viernes por un día bueno. Y por tal debía tenerlo Cristóbal Colón que en la mañana del 3 de agosto de 1492, que era un viernes, salía del Palos para llevar a cabo su viaje de descubrimiento, con tres carabelas, como tres cáscaras de nuez, y ciento veinte tripulantes, entre marineros, soldados, oficiales de a bordo y sobrecargos: todos los que se habían embarcado sin tener un cargo particular, sea de mando u obediencia, en la indicada nave.

Otras ideas, otras dudas y temores ocupaban la mente del navegante genovés; no el terror de la marcha en viernes. Dos de aquellos cascarones habían sido cogidos y equipados por mandato real, o sea, por fuerza. Y por fuerza fueron embarcados casi todos sus tripulantes. Un primer ejemplo de sorda resistencia acababa de demostrarle la poca confianza que había de tener en aquella tripulación cuando se aplicó mal el timón a la «Pinta», de modo que al primer golpe de mar, escapara de popa, dejando ingobernable la carabela. Pero entraban ya en el agua y había que navegar. Mas ¿no podía aún la mala intención de alguien idear alguna infamia y hacer que las naves retrocédieran? ¡El miedo es tan ingenioso! Recordaba el almirante del mar Océano que otra carabela enviada ocultamente por los portugueses, sobre la ruta por él indicada, con objeto de robarle la gloria del descubrimiento, no había regresado a Lisboa: no por pocos deseos que tuviera su comandante de ir hacia lo desconocido, sino por deliberado propósito de la rebelde tripulación.

Para que nada semejante ocurriese a Cristóbal Colón era precisa una cosa: que entre su pequeña escuadra naval y las columnas de

Hércules mediaran muchos centenares de leguas marinas. Pero ¿cómo iba a creer que aquellos marinos, obligados a navegar por fuerza, se adaptaran a andar tantos centenares de leguas sin una tentativa de rebelión? ¿Y si ésta hubiera estallado y las naves hubieran debido regresar, qué vergüenza no habría sido para él? ¿En qué imposibilidad de acometer nuevamente y con otras fuerzas navales semejante viaje, no se habría encontrado? El, seguramente, para no prestar demasiadas armas a la resistencia de su gente, había dejado de apuntar en el libro de bitácora el número exacto de leguas recorridas, guardando el cálculo para sí. Pero ¿cuántos otros motivos de rebelión contra su autoridad, no habría ofrecido el miedo a aquellos hombres rudos, ignorantes, que había reunido con precipitación en lugar de escogerlos cuidadosamente entre los mejores de la clase marinera?

Todo esto pensaba Cristóbal Colón y esto le quitaba la alegría: le impedía disfrutar plenamente, como hubiera podido y debido, del goce honesto de su victoria alcanzada a costa de tantas contrariedades, pasando por encima de tantos hombres y tantas cosas. Y sus sospechas no eran vanas. Al amanecer del lunes, 6 de agosto, tercer día de viaje, la «Pinta»

hizo señal de que no podía seguir adelante por habérsele roto el timón; precisamente aquel timón que en la playa de Palos había debido arreglarse porque no estaba bien aplicado. ¿Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, dueños de la nave, que era sin disputa la mejor de las tres, volvían a la carga con sus ingeniosas ideas?

No dudaba el almirante de los malévolos propósitos de aquéllos, mientras se dirigía a la «Pinta» para prestarle auxilio. Pero el viento soplaba con fuerza; el mar rugía alborotado, y, con un tiempo semejante, más fácil era un choque con la «Pinta» que acercarse a ella. Afortunadamente, el comandante de la nave era Martín Alonso Pinzón, y éste no opinaba como los dueños de la misma en materia de averías parciales.

—¿Almirante!—gritó desde el extremo de la banda—. No temáis nada. Yo les quitaré a todos las ganas de echar a perder otra vez el timón, dando un palo en la cabeza al primero que hable de volver para atrás. Por ahora arreglaré el timón de cualquier manera; luego, veremos. Así sea cojeando, nosotros seguiremos la capitana. No obstante, salvo nuestro parecer, yo haría rumbo a las Canarias para arreglar mejor esta rotura.

II

«LAS ISLAS ESTAN MUY CERCA», DICE COLON

No tenía el almirante deseos de detenerse en las Canarias, ni en isla o costa alguna de aquellos sitios. Pero era preciso someterse al destino y seguir los consejos de la prudencia. El día después, ya no era cuestión de prudencia, sino de necesidad. «La Pinta» seguramente había sido mal arreglada y empezaba a hacer agua. La ligadura del timón se había aflojado y la carabela volvía a navegar mal. La «Santa María» y la «Niña» hubieron de aferrar algunas velas para pillar menos viento e ir al cuidado de la pobre coja. El almirante, mientras se resolvía a hacer un alto en las Canarias, pensó que le convendría mejor buscar allí otra carabela, a fin de librarse de

aquella nave que empezaba a parecerle un verdadero castigo de Dios.

¿Y por qué había de ir a las Canarias? Aquellas islas estaban todavía muy lejos. ¿No era mejor volver atrás con los dos buques que marchaban muy bien y a los cuales podía trasbordar toda la gente de la «Pinta», a fin de que ésta siguiera como pudiese, así fuera a remolque? Tal era la opinión de los marineros, reforzada con la de los pilotos. Algunos de éstos, como Pedro Alonso Niño y Sancho Ruiz, de la «Niña», creían efectivamente que se hallaban muy lejos de las Canarias. Tal vez menos sincero, porque estaba más deseoso de regresar, era otro piloto de la «Niña», Bartolomé Roldán. Pero nada franco, y ardiente sostenedor de la gran distancia, era Pérez Mateo Hernéa, piloto de la «Santa María». Este empezó muy pronto a dar pruebas de su mala voluntad contra el jefe supremo a quien no dejaba de juzgar—aunque por el momento «sotto vocè»—como un impostor ambicioso.

Pero el mismo comandante de la «Pinta», la nave coja, había manifestado el deseo de detenerse en las Canarias y, por consiguiente, de seguir el viaje hasta allí. Con Martín Alon-

so Pinzón, marino experto y bien visto de los tripulantes, no era posible luchar, y menos cuando amenazaba con acudir a los argumentos «ad hominem». Más tranquilo, más seguro en su doctrina náutica, Cristóbal Colón dijo:

—Os engañáis en vuestros cálculos. Las islas están muy cerca. De mañana a pasado las veremos.

III

FRENTE A GRAN CANARIA

El vaticinio de Colón se confirmaba en un todo. Al despuntar el alba del día 9, se veían las cimas de la Gran Canaria. Desgraciadamente, ora por poco, ora por mucho viento, no era posible hacer rumbo a ella. Dos días estuvieron esperando en vano una ocasión propicia; pero el almirante, que no quería perder tiempo, bordeando en aquellas aguas, dejó atrás la «Pinta», ordenando a Martín Alonso Pinzón que fuera cuando pudiera y se procurara otra nave para cambiarla con la suya. El, entretanto, se dirigía con las otras dos carabelas hacia la Gomera con el mismo objeto. Y llegó a la Gomera en la tarde del 12 de agosto, donde supo, con gran satisfacción, que se esperaba de un

momento a otro una buena nave que había ido precisamente a la Gran Canaria.

Esperemos, pues, con confianza—dijo el almirante—. Si la citada nave se encuentra anclada allí, Martín Alonso la habrá encontrado, se habrá hecho cargo de ella y vendrá con ella a mi encuentro.

Pero la aguardó inútilmente. Y cansado de esperar salió el 23 para ir en busca de su compañero. Llegó el 25 a la Gran Canaria. Martín Alonso Pinzón había llegado el día antes y había oído de labios de aquellos habitantes que la nave había estado allí; pero que había salido hacía muchos días, sin que se supiera por dónde.

Había que renunciar a toda esperanza de cambiar la nave y era preciso arreglar la «Pinta» lo mejor que fuera posible. Martín Alonso Pinzón mandó a tierra a los maestros calafates para buscar la madera necesaria y cortar a toda prisa otro timón. Al propio tiempo, como en su carabela entraba el agua, los marineros se convirtieron en calafates y se pusieron a fabricar estopa alquitranada con viejas cuerdas desechas; estopa que, con martillos y escalpelos, habían luego de meter entre las planchas de zinc del forro, en la osamenta, en los nudos de las maderas, alrededor

de las clavijas y donde fuera preciso, cubriéndolo luego con pez.

La «Niña» aprovechó aquel tiempo para cambiar el velamen. Sus velas latinas se mudaron por otras cuadradas, y en las antenas fueron, por consiguiente, sustituidas las insignias. De este modo, de carabela que era y parecida a un jabeque, se transformó en una especie de bergantín. Esto por lo que se refiere al velamen; no a la arboladura. Las carabelas llevaban tres palos: el trinquete, el palo maestro y el palo mesana; pero éste último estaba colocado más hacia la popa y era más corto de lo que se usa hoy día respecto a los palos de los bergantines. De ahí que la vela triangular o latina, o bien, de popa, en su forma cuadrada no fuese tampoco muy ancha.

IV

UN DIALOGO SORPRENDIDO POR COLON

Cuando la «Niña» desplegó al viento su nuevo velamen hubo de afrontar el juicio de las otras naves, que la esperaban para marchar a un tiempo. El marinero es criticado por excelencia. Imaginad, pues, lo que hubieron de decir de la «Niña» al presentarse de tal modo transformada. La crítica de sus velas fué como una sonrisa: la primera en medio de tantos días de melancolía.

—Estará bien así—decía uno—; pero me parece algo desgarbada.

—Justo—decía otro—, como un campesino de Vizcaya cuando viste un traje nuevo.

—¡Y mirad—añadió el tercero—, entre las

insignias y los palos, qué desentonación de colores!

—Claro está: las insignias son nuevas y los palos son viejos.

—Arbol viejo... buena hoguera.

—¡Y esos racamentos! Debieran apretar algo más.

—Esperad que beban y apretarán; apretarán tal vez demasiado.

En fin: cada cual quería echar su cuarto a espadas. Y el almirante, paseando gravemente por el puente de la «Santa María», podía, como suele decirse, oír tocar todas las campanas una a una y hasta todas a la vez.

Entre tantas oyó una que le impresionó haciéndole dar de súbito, media vuelta. Dos marineros que estaban apoyados en la banda, algo separados de sus compañeros, hablaban de cosas fútiles que no habían de llamar la atención del almirante. Pero el tono es lo que hace la música, y ambos cantaban en uno que había de conmover a Cristóbal Colón. Hablaban, en una palabra, en dialecto genovés. ¿Cómo se encontraban dos genoveses a bordo? ¿Y sin saberlo él?

La tripulación de las tres carabelas no la había escogido él. Aquella gente había sido alistada a viva fuerza en su mayor parte, y la

otra se embarcó imitando a los hermanos Pinzón. Los marinos de Palos, Huelva y Moguer eran valientes; de modo que todos podían tomarse a ojos cerrados. Pero, ora por una cosa, ora por otra, el almirante no había intervenido en la formación de la tripulación. Cuanto al nombre, patria y demás particulares de aquella gente, todo lo había ido conociendo poco a poco, durante el viaje, sin necesidad de leer el registro que llevaba el primer piloto.

Figuráos, pues, qué dulce alegría debió experimentar Cristóbal Colón aquel día y en aquel momento. La lengua de la madre patria es siempre la más suave al oído del hombre que se encuentra fuera de su país. Acude al sonido de la lengua como a una fiesta del alma; óyelo con júbilo, y quisiera también cambiar algunas palabras como para demostrarse a sí mismo que no ha olvidado aquel idioma, y que es, sin disputa, el más hermoso del universo. Y hablándolo, después de tantos años, en una región lejana, encuentra en aquel idioma, en aquella lengua nativa, un gusto especial, un sabor de novedad que es fuente para él de inesperadas delicias, revelación de arcanas bellezas.

Pero no era aquél el momento de detenersé

a hablar. La dignidad del mando obligaba al almirante a pasar de largo, no siendo por otra parte, propicia la ocasión para perder el tiempo en charlar. Las carabelas estaban en fila y era preciso partir. La «Santa María» salió la primera del ancladero de la Gran Canaria, dirigiéndose a la Gomera, donde había dejado una escuadra de hombres para hacer provisión de víveres. Era en domingo; el día 2 de septiembre, un mes después de la salida de Palos.

V

EL MARAVILLOSO ESPECTACULO DEL TEIDE EN ERUPCION

Para ir a la Gomera se pasaba por delante de Tenerife, que es la isla central del grupo de las Canarias. El gran pico de Tenerife estaba precisamente entonces en plena erupción volcánica, maravilloso espectáculo que podía decirse desconocido para la mayoría de los marineros de Cristóbal Colón. Al oír los rumores de la montaña y los frecuentes truenos que hacían temblar el aire en torno suyo, al ver la inmensa columna de humo que salía del elevado cráter, las llamas que serpenteaban en medio de aquel humo, los torrentes de rojiza lava que caían durante la noche, deslizándose por los flancos del cono, aquellos pobres marineros del siglo XV experimentaron los mis-

mos temores que, cinco siglos antes de la Era vulgar, habían hecho retroceder a los compañeros de Hannón, el cartaginés.

La espantosa erupción de Tenerife era una advertencia a los males sufridos. Y si terremotos y volcanes habían hundido en el abismo allá a lo lejos una gran tierra de que hablaban obscuras leyendas, aquel mismo mar que la tragara ¿no podía devorarlos a ellos de un momento a otro?

La llegada a la Gomera fué causa de otros temores, no para los marineros, sino para el jefe supremo. Hacía poco que habían entrado en la rada, cuando llegó una carabela, española también, que prestaba servicio entre aquellas islas. Procedía de la isla del Hierro, la más occidental de las Canarias, y llevaba noticias de una cruzada extraordinaria. Tres naves portuguesas habían tocado en la citada isla, y de las conversaciones de los marineros y de las preguntas de los oficiales, se había podido deducir que el rey Juan II de Portugal mandaba aquellas tres naves a esperar el paso de una expedición descubridora para hacer prisionero al comandante.

No le costó gran trabajo a Cristóbal Colón el comprender quién era el esperado. Siete años antes había huído de Portugal porque no

esperaba nada de aquel rey que le tenía entre-
tenido con buenas palabras. Reclamado por
él, que seguramente se había arrepentido y
temía que España pusiera buena cara a los
proyectos del navegante genovés, Cristóbal
Colón no quiso en manera alguna volver a
Lisboa. Lo que temía Portugal había sucedi-
do: aunque tarde, en verdad, pero con tiempo
suficiente para contrariar la fortuna de aquel
reino, los reyes de Castilla habían dado a
Cristóbal Colón las naves y los hombres ne-
cesarios para acometer la empresa del Oceano.
Nuevas islas, nuevos continentes tal vez,
iban, pues, a descubrirse en provecho de
España. Pero ¿no eran de Portugal todas
las tierras que había más allá de Abila y
Calpe? Era ya demasiado pretender por par-
te de Castilla que se arrogase derechos sobre
las Canarias y que alguna que otra vez des-
pués de la empresa de Bethencourt, ejerciese
en ellas actos de dominio. Nada más había de
esperar ni pretender la corona de Castilla en
un campo adjudicado a la actividad portu-
guesa.

Fomentaban esta pretensión, fortificándola
ciertamente en el ánimo del rey Juan, los es-
casos conocimientos geográficos y cosmográ-
ficos de la época. ¿A dónde iba, después de

todo, el navegante genovés? ¿Más allá de las Azores? ¿Más allá de Madera? ¿Más allá de las islas de Cabo Verde? Todas ellas eran conquistas portuguesas y portugués había de ser todo cuanto se encontrara más allá. Pero si se hubiera hecho un descubrimiento por cuenta de España, difícilmente habría podido disputársele la posesión. Con la toma de Granada y el completo exterminio de la dominación morisca, los reyes de Castilla y Aragón serían más poderosos que nunca, y la reunión de todas las provincias españolas bajo un solo cetro, marcaba la decadencia de Portugal. Una conquista allende los mares, en los confines del Asia, de aquella Asia a donde se dirigían entonces los esfuerzos de la Corte de Lisboa, habría acabado de hundir el poder portugués. De ahí la necesidad urgente de poner un obstáculo a la empresa de Cristóbal Colón y de apoderarse de él a toda costa. ¿Por qué, después de todo, no podía intentar la misma empresa con fuerzas portuguesas? Tres naves equipadas para capturarlo podían seguir también el viaje de descubrimiento apoderándose de sus proyectos y su dirección. Con los brazos atados el comandante habría logrado el mismo fin y conquistado la misma gloria. Y tal vez, ¿quién sabe?, tal vez era

mejor ir prisionero, pero respetado, a descubrir un nuevo mundo, en un primer viaje, que volver encadenado y humillado del tercero, después de haber hecho y asegurado la conquista de aquel nuevo mundo a un monarca desgraciado.

Pero los hombres no pueden prever lo futuro. Y aunque Cristóbal Colón hubiese previsto su destino, podemos tener la convicción de que habría hecho exactamente lo mismo que hizo, apenas tuvo noticia de la cruzada portuguesa. Ordenó con rapidez que no se hicieran más provisiones; llamó a todos los tripulantes y se hizo a la vela.

VI

HORAS DE ANSIEDAD.—LA PEQUEÑA ESCUADRA SE ALEJA DE LAS ISLAS

Las tres carabelas dejaron el ancladero el jueves, 6 de septiembre, dos horas antes del alba. Alejándose un buen trecho hacia mediodía, el almirante creía apartarse de la vista del enemigo, si éste hubiera salido de la isla del Hierro para ir a su encuentro. Un viento fresco que se había levantado durante la noche, le daba alientos de salir satisfactoriamente con su intento. Pero aquella brisa calmó en seguida, y las tres carabelas hubieron de pasar todo aquel jueves y hasta el viernes con las velas caídas. Afortunadamente el almirante había ganado tres horas de camino y no era probable que el viento de las islas favoreciese tanto a las naves portuguesas que

lañ lanzara en su camino. Ni era probable tampoco que dichas naves se hubieran separado de poniente de la isla del Hierro, donde podían vigilar a derecha e izquierda de aquel archipiélago. Era más de temer que tocasen en la Gomera, que se enteraran de que había estado allí y que trataran de darle caza apénas se levantara el viento.

Y él aguardaba también con ansiedad el viento, que no se levantó hasta la mañana del sábado. Pero no era un viento bueno; soplabá del sur, y empujaba las carabelas hacia la isla del Hierro. Horas terribles fueron aquéllas para él, pero el viento que soplabá era también contrario para las naves portuguesas. No había perdido, por consiguiente, toda esperanza.

Al alba del domingo, aquel viento pronto cambió por fin, y húbolo en popa para las carabelas. Entonces, el almirante dió gracias á Dios por la buena idea que le había inspirado haciendo poner velas cuadradas a la «Niña» que con las latinas no habría podido andar al lado de las otras, ni sustraerse, por consiguiente, al peligro. Desplegadas al viento todas las velas, la pequeña escuadra de Cristóbal Colón en un día y la noche que siguió, se alejó cuarenta y dos leguas de la

isla del Hierro. Y, naturalmente, perdió de vista aquella última tierra occidental del viejo mundo. ¡Qué alegría la de Cristóbal Colón cuando no vió más que agua en torno suyo y en cuanto abarcaba la mirada!

Pero estaba escrito que cuando él se hallaba alegre no habían de estarlo sus marineros. Estos habían visto con terror el pico de Tenerife vomitar llamas y humo. Con el mismo terror vieron aquella inmensa extensión de aguas, la primera tal vez que vieran los navegantes sin la certeza de un puerto. Y allí no esperaban encontrarlo, aun cuando asegurara el almirante que lo hallarían a setecientas leguas de distancia del estrecho de Gibraltar. En cambio temían ver surgir de los abismos los monstruos marinos que habían de volcar las naves y castigar a los temerarios violadores de los secretos del Oceano. ¡Cuántas veces se vió obligado Cristóbal Colón a tranquilizarlos, a echar su sermoncito cosmográfico a aquellos rudos marineros, tratando de convencerlos de lo injustificado de sus temores! Le oían con atención. De momento parecían que se dejaban convencer y se sentían poseídos de insólita bravura; pero luego se abandonaban de nuevo en brazos de la co-

barbía y tēmlaban y sē lamentaban más que antes.

Otro motivo de recelo y decaimiento fué para ellos encontrar el día 11 de septiembre, a ciento cincuenta leguas de la isla del Hierro, flotando en las aguas, un pedazo de palo de gavia. A primera vista podía calcularse que había pertenecido a una nave de ciento veinte toneladas. Pero la nave ¿dónde estaba? Se habría hundido, seguramente, en el abismo. Y ¿no podía sucederles a ellos otro tanto?

El recelo se convirtió en terror, cuando observaron la brújula seis días después de haber hallado aquel resto de nave naufraga. La aguja magnética, en lugar de dirigir la punta a la estrella Polar, había bajado cinco ó seis grados hacia Poniente. ¿Qué significaba aquello? ¿Entraban en una región del mundo donde no regían las leyes de la naturaleza? Y el desviamiento de la aguja, diariamente observado, se veía aumentar todos los días.

El almirante había observado el fenómeno hacía algunos días y temía que se fijaran en él. Cuando esto ocurrió hubo de inventar una explicación plausible del hecho.

—¿Qué creéis? ¿Que el imán dirige la punta hacia la estrella Polar? No; la dirige

a un punto fijo e inamovible. La estrella Polar, como todo cuerpo celeste, se mueve en el espacio girando en torno de aquel punto invisible. Y de ahí por qué algunas veces veréis el imán separarse de la dirección de la estrella Polar. En realidad quien se separa es la estrella misma.

Persuadiéronse los pilotos, que tenían en mucha estima la doctrina astronómica de Colón. Y convencidos ellos, se convencieron también los marineros.

VII

ECHA EL ANCLA Y ESPERA EN DIOS

Renacía la calma en los ánimos timoratos, Pero era la calma tenue del soldado que entre una y otra batalla goza el descanso de la vanguardia, aprovechando todas las horas del día, aunque teniendo siempre en el alma una vaga inquietud, que le quita el deseo de pensar en las cosas lejanas en el tiempo o en el espacio. Reina ciertamente la calma en torno suyo; pero es la calma que precede a la tempestad. El sendero se presenta libre ante sus ojos; pero la emboscada está próxima; la muerte puede estar en acecho al volver de aquel camino que verdea allí a lo lejos. Y hacia aquel sitio miran de mal grado aun los más valientes.

También allá, en el Oceano, había comple-

ta calma. El sol brillaba sin derretir los sesos; el aire era dulce, suavísimo; una especie de abril de Andalucía, usando una frase del almirante: un abril de Andalucía al cual no faltaba más que el canto del ruiseñor para que la ilusión fuera completa.

Cristóbal Colón tuvo siempre gran afecto al canto del ruiseñor. El recuerdo del cantor de los bosques se hallaba siempre en sus relaciones de viaje y en su diario de a bordo. Pero si por el momento le faltaba el ruiseñor, una golondrina de mar y un paro, especie de ave, de hermoso plumaje, habían venido a revolotear en torno de las carabelas. No le extrañaba ver la golondrina de mar, porque su misión era la de volar encima de las aguas. En cambio, la presencia de un paro sólo se la explicaba pensando que la tierra no estaba muy lejos de allí.

Y que tenían muy próxima la tierra suponían los marineros deduciéndolo también de la presencia de tan hermoso pájaro silvestre en tan lejana latitud marina. Pero no todos pensaban de igual manera: particularmente nuestros dos genoveses.

—¡Ay, pobre «parissola»!—decía uno de ellos a su fiel compañero—. Sería preciso conocer por qué desdicha ha venido a perderse

por este lado y qué ráfagas endiabladas le han echado en alta mar. Al principio debió refugiarse en la gavia de algún buque. Después, siguiendo este viento de Levante...

—Habrá perdido la tramontana—interrumpió el otro, que era el más donoso de los dos—. Y, un día, viendo ese gran verde, lo tomaría por un prado. ¡Debe estar gorda!

El diálogo de los dos marineros genoveses fué interrumpido por el sonido de la campana que desde el castillo de popa llamaba a los tripulantes a la oración de la tarde. Era la hora aquella que el gran poeta Dante ha cantado con versos tan suavemente melancólicos en los célebres tercetos del Purgatorio:

Era già l'ora volge 'l desio

A' naviganti e 'ntenerisce el core

Lo di ch'han detto ai dolci amici addio;

E che lo novo peregrin d'amore

Punge, se ode squilla di lontano

Che paia 'l giorno pianger che si more.

Todos arrodillados en cubierta, y después de santiguarse con la mayor humildad, los marineros de la «Santa María» rezaban en voz baja, con el almirante, que les decía en alta voz la plegaria del «Angelus Domini»,

instituída en 1095 por el papa Urbano II, en el concilio de Clermont, para los cruzados que iban a Palestina, y puesta en vigor un siglo después, por Gregorio IX, para todo el orbe católico. Pero hasta aquel día, la campana vespertina y la plegaria de los cristianos se habían oído más lejos en el aire. Las naves de Cristóbal Colón estaban entonces a trescientas leguas más allá de los confines de Europa.

Hacia poco que había terminado el rezo de «Angelus» y los marineros que no estaban de guardia en las velas, en las gavias o al timón, se disponían a acudir bajo cubierta cuando una luz extraña apareció ante sus ojos a cuatro o cinco leguas de distancia. Una cinta luminosa y rojiza se dibujaba en el cielo, surcándolo en forma de arco y dejando oír un gran fragor como de artillería disparada a distancia. Parecía verse una bola de hierro enrojecido, o varias, vomitadas por un mortero, que iban estallando poco a poco yendo a hundirse en el mar y dejando tras de sí un disco luminoso. La extraordinaria magnitud de aquel globo luminoso no permitía pensar en las estrellas candentes, fenómeno bastante común en las regiones cálidas y en ciertos meses del año. La mayor parte de

aquellos marineros no habían visto nunca bólidos; y ninguno de ellos vió jamás uno de tan extraordinarias dimensiones. Por lo demás, a cada fenómeno natural cuya causa se desconoce, es más fácil aturdirse que hilvanar las ideas. ¿Qué significaba aquello? ¿Anunciaba el principio del fin del mundo? ¿Era indicio tal vez de una secuela de ruinas y desgracias?

Pero no sucedió nada de lo que empezaban a temer. Del disco luminoso no quedaba en el cielo la menor huella.

VIII

UNA SORPRESA Y UNA ALEGRÍA

La paz reinó aquella noche y los siguientes días. Soplaban de Levante una brisa ligera y constante que tenía las velas en continuo ejercicio, sin dar quehacer a la tripulación. Todo iba a pedir de boca: si favorables eran las señales del cielo, más favorables aún eran las del mar.

Efectivamente, oíd: En la superficie de las aguas comenzaba a verse un graciosísimo espectáculo. Aquí y allí, flotando sobre las olas, o, por mejor decir, sobre la líquida superficie del mar suavemente encrespada por la brisa, se divisaban unos a manera de pequeños tapices verdes. Al entrar las naves en medio de ellos, vieron que aquellos tapices estaban contruídos con hierbas verdes que pare-

cían recientemente arrancadas de la tierra. Y aquellas hierbas iban siendo poco a poco más grandes, más frecuentes, más espesas.

De momento fué una fiesta para los ojos, y por consiguiente una alegría para las almas. La falta de lo verde es la enfermedad del marinerero. El verde es el color predominante de la tierra. Dicen los astrónomos que, mirándolo desde el observatorio de los demás planetas, nuestro globo despide una luz esmeralda, a causa de sus tierras y de la vegetación que las cubre. ¡Lástima que no estemos en Marte, o en Júpiter, para ver la hermosa figura de piedra preciosa que debemos tener nosotros en la inmensidad del espacio!

—¡Las islas están cerca!—gritaron los marineros—. Ved cuán frescas son estas hierbas. Parecen arrancadas ayer.

—Efecto de estar en el agua—dijo alguien.

—Aunque sean arrancadas de dos, tres, cinco días. Al fin y al cabo se marchitarían. Y siendo frescas como son, tengan los días que tengan es indudable que la tierra no está lejos.

—Que tengan seis días, no seamos avaros. Me contentaré con que toquemos tierra dentro de siete.

Así discurrían, riendo y bromeando, y olvi-

dando los recientes temores. Un marinero se arrojó al agua para coger una mata de aquella hierba, y trajo a bordo un cangrejo vivo, que presentaron en seguida al almirante.

Aquel pobre crustáceo del Océano no se diferenciaba en nada de sus congéneres de las costas de Europa. Pero según el parecer de los marinos de Moguer, grandes pescadores por cierto, de la presencia del cangrejo en aquellas latitudes se podía deducir un excelente pronóstico acerca de la proximidad de las playas. Decían dichos marinos que a ochenta leguas de la tierra no se encuentran cangrejos.

Poco después del cangrejo, indicio seguro de tierra dentro de las ochenta leguas de distancia, se vió una multitud de atunes que fueron nadando en torno de las naves. Y poco después de los atunes, llegó otro paro a revolotear entre el palo maestro y el trinquete de la «Santa María». Era tal vez el paro de los días anteriores: el pobre paro perdido que había enternecido el corazón de Cosme. Pero sea lo que fuere, el paro y los atunes eran una prueba más de la proximidad de la tierra. Hasta el agua del mar que probó el pescador del cangrejo y probaron otros con él, era menos salada en aquellos sitios que cerca

de las Canarias. Y aquello, ¡vive Dios!, era indicio de tierras vastísimas, de todo un continente del cual iban a desembocar en el Oceano las dulces aguas de grandísimos ríos. Y el mar seguía tan tranquilo, el viento tan favorable. Hacia el Sur la atmósfera era algo oscura; lo cual era otro indicio de tierra. Y, finalmente, vieron un espeso enjambre de pájaros que volaban a gran altura hacia Poniente; nuevo y precioso indicio también de que a Poniente o al Norte, pero siempre delante de ellos, estaba próxima la tierra.

IX

LA IMPACIENCIA DE MARTIN ALONSO PINZON

La «Pinta», la gran velera de la escuadra, se acercó al lado de la «Santa María» pidiendo permiso al almirante para avanzar libremente y descubrir aquella tierra bendita. Martín Alonso Pinzón moría de impaciencia; seguro de sí mismo, habría deseado ser el primero en dar la buena noticia. Pero el almirante no concedió el permiso solicitado. Tenían que ir todos juntos para no perderse. Y él, según sus cálculos no consideraba tan próxima la tierra. ¿Qué obstinación era aquella? Las señales aumentaban de día en día, casi a cada legua de camino que hacían las naves. ¿No acababan de pasar los pelícanos que venían de Poniente? Los pelícanos no acostum-

brañ alejarse más allá de 25 leguas de la tierra. Y esto no lo decían tan sólo los pescadores de Moguer; lo confirmaban todos. Y aquellos enormes nubarrones que se levantaban en el horizonte sin necesidad de viento, ¿qué otra cosa significaban, sino que el viaje de descubrimiento tocaba a su término?

Bien hacía Cristóbal Colón oponiéndose a los deseos de Martín Alonso Pinzón. Sus cálculos podían bien ser erróneos, y seguramente lo eran. Pero no de modo que justificaran las precoces esperanzas de sus tripulantes; porque la distancia entre Europa y el Nuevo Mundo debía resultar mayor de las seiscientas leguas imaginadas por él. Obrando así, hacía valer su autoridad; y si hubiera llegado el día de los desengaños, no se le habría visto vacilante en su doctrina y dispuesto a enfurecerse por cualquier cosa como sus compañeros de viaje, vagando al azar por los mares como un aventurero o un loco.

—Estaremos todos en fila, Martín Alonso —díjole al comandante de la «Pinta»—; habrá gloria para todos. Las señales que observamos son en verdad notables. Tal vez nos demuestran la existencia de alguna isla a la derecha. Pero ahora no es el momento de fijarnos en nimiedades. Ya lo veremos a la

vuelta. Aprovechemos este buen viento y avancemos hacia Poniente. Deseo tocar tierra a la vez que vosotros; pero creo que estamos todavía algo distantes de ella.

Y decía la verdad. La expedición se hallaba apenas a mitad del camino. Pero no había archipiélagos a la derecha, ni a la izquierda, y los pelícanos, los paros, los cangrejos, los atunes, el agua menos salada, los nubarrones, el mar herboso, nada significaban de lo que creían los demás.

Y marchaban, entretanto; avanzaban, confiados, entre aquellas manchas de verde vivo. Mas, gradualmente, crecían, las referidas manchas se iban ensanchando, hasta que al fin no se vió más que una sola; todo el mar, alrededor de las naves, era verde a causa de aquellas hierbas, como lo es un pantano, un depósito de aguas estancadas. Al llegar a cierto punto, aquel pavimento de hierbas era tan espeso que impidió la marcha de las carabelas, obligando a los tripulantes a colgarse de la proa, provistos de largos arpones, para romper y alejar con ellos el obstáculo.

XI

EN EL MAR DE LOS SARGAZOS

Era la primera vez que los marineros de la vieja Europa, veían aquellos prados flotantes. Ignoraban, por lo tanto, que el mar de los Sargazos, como fué llamado luego a causa de las algas de que estaba formado, ocupa en mitad del Atlántico un espacio ocho veces mayor que la península Ibérica. La formación de aquella especie de tapiz verde no es un misterio para la ciencia, después del descubrimiento del «Golf-stream», o sea, de la corriente del Golfo, el gran río oceánico que, partiendo del polo Antártico va subiendo hasta el Artico, aunque dividiéndose su curso en dos corrientes, una de las cuales costea el Africa, y va a parar la otra al Golfo de

Méjico, dejando en el centro un vasto campo de mar más tranquilo y más frío; mar a cuyo fondo van a parar todos los troncos de árboles, cascotes de buques y otras materias más pesadas que el agua, mientras se recogen en su superficie y flotan en ella tranquilamente como en un estanque todas las hierbas marinas del Océano.

Los marineros se alegraron al principio a la vista de lo verde. Habían llegado hasta a reír al ver que tenían que abrir camino por medio de los arpones. Pero no puede reírse siempre; y después de haber reído, volvieron a entristecerse. ¿No podían tan grandes masas de hierba hacerse más profundas y aprisionar entre ellas las naves? ¿No era posible que aquellos terribles monstruos estuvieran precisamente en acecho detrás de aquellos montes de viscosa verdura? Y si tales monstruos no había, ¿no podía haber acaso bajos profundos, secos y escollos donde encallar las carabelas? El almirante no temía los monstruos; pero empezó a temer los secos. A él, que recordaba todos los textos de las antiguas escrituras, le venía a la memoria la Atlántida de Platón; aquella Atlántida llena de abismos, cuyos restos podían haber quedado a flor de agua o a una altura tal debajo de ella, que pudieran

ocasionar graves desperfectos a los cascos de las naves. Pero semejantes temores desaparecieron luego, gracias a la sonda que fué arrojada al mar repetidas veces sin encontrar obstáculo alguno, ni a doscientas brazas de profundidad.

XII

A 580 LEGUAS AL PONIENTE DE CANARIAS

Durante muchos días continuó el buen viento, el mar tranquilo, el cielo sereno y una dulce temperatura. Las aguas eran tan tranquilas que parecían de un lago, y los marineros, repuestos un tanto de su melancolía, se echaban a menudo al mar y nadaban en torno de las naves. Ofrecíanse nuevos indicios de tierra, lo cual contribuía a calmar los secretos temores de la tripulación; los delfines empezaban a mostrarse a manadas; los peces voladores, saltando y saliendo a la superficie, iban a caer a bordo.

Así llegaron hasta el primero de octubre. Aquél día, según el cálculo de Pérez Mateo Hernea, la expedición naval del mar Océano

había hecho sus quinientas ochenta leguas de navegación a Poniente de las islas Canarias. Pero esto era el total deducido de los cálculos aparentes de Cristóbal Colón. El almirante hacía un cálculo exclusivamente para sí, que guardaba cuidadosamente secreto, y éste arrojaba setecientas siete leguas. En el terreno de los hechos, pues, se había sobrepasado en mucho la distancia señalada por el físico Toscanelli a aquella bendita isla de Cipango.

Las murmuraciones habían nuevamente empezado entre los tripulantes y con ellas las maldiciones. Un día u otro se habrían presentado en abierta rebelión, si alguna vez que otra una nueva ilusión óptica no hubiera hecho ver tierra en el horizonte. Pero hasta esas vagas visiones, saludadas con gritos de alegría y seguidas siempre de imprecaciones de gente desesperada, fastidiaban al almirante, el cual resueltamente declaró, y lo hizo publicar en todas las naves, a son de trompa, que cualquiera que gritase tierra, sin que ésta se descubriera en los tres días sucesivos, perdería todo derecho de recompensa, aunque luego la descubriese de veras.

Y ya no gritó tierra Martín Alonso Pinzón. El comandante de la «Pinta» no creía ya en la existencia de la tierra, según el rumbo se-

guido por Cristóbal Colón. Esta desconfianza subió de punto, de tal manera, que la noche del 6 de octubre, Martín Alonso Pinzón se mostró dispuesto a dirigirse resueltamente hacia la izquierda, buscando tierra hacia Mediodía. Es inútil decir que el almirante no estimó conveniente satisfacer los deseos de Martín Alonso Pinzón.

La mañana del 7 de octubre, al salir el sol, muchos marineros de la «Santa María» creyeron ver tierra a Poniente. Pero temían equivocarse también, y no dijeron palabra, para no perder la esperanza del premio. No fueron tan prudentes los de la «Niña», que aquel día iba delante de las otras carabelas. Vicente Yáñez creyó ver tierra; y le pareció verla con tanta claridad, que no admitía duda alguna. En vista de esto, mandó izar el estandarte y disparar un cañonazo. Aquéllas eran las señales convenidas para el que primero descubriera la suspirada tierra. Grande fué la alegría en todas las naves, pero duró poco. La nueva lengua de tierra que había aparecido en el horizonte, desapareció como las de los demás días anteriores; y, caídos de nuevo en el decaimiento, empezaron los tripulantes otra vez a lamentarse.

Por otra parte, los nuevos indicios no fal-

taban. Numerosos grupos de pájaros pasaban a gran altura por encima de las naves, desplegando el vuelo en dirección del leveche. ¿Era, pues, por aquel lado, por donde había de buscarse el nuevo continente? Cristóbal Colón empezó a sospechar que tal vez había incurrido en algún error de latitud; y por esto, en noche del 7, se resolvió a dirigirse donde había visto volar los pájaros.

Por espacio de tres días siguió navegando en dirección del leveche; y los indicios de tierra iban aumentando. Bandadas de pájaros de variados colores volaban en torno de las naves; los atunes aparecían numerosos a flor de agua; pasaron a cierta distancia, un gallo real, un pelícano y un ánade; hierbas frescas y verdes flotaban alrededor de la «Santa María», y parecían arrancadas de la tierra aquel mismo día.

Pero tales signos engañosos, ¿no se habían visto ya alguna otra vez? Los tripulantes no podían alimentar ya aquellas ilusiones y pidieron en alta voz el regreso a España.

¿Precisamente entonces? Había que ser ciegos. Cristóbal Colón afrontó aquel día resueltamente a su tripulación. Le harían pedazos, pero él resistiría hasta el último momento. La expedición estaba destinada por el rey

y la reina al descubrimiento de las Indias; sucediera lo que sucediera, él, no nacido en Castilla, había de prestar obediencia a aquellos reyes, e ir adelante en su empresa, hasta que, por la gracia de Dios, llegase al término de la misma.

XIII

UNA MADRUGADA HISTORICA.— ¡TIERRA!, GRITA UN TRIPULANTE DE LA «PINTA»

Cristóbal Colón no se movía de su observación. Velaba siempre durante la noche, y casi casi no se sabía decir a bordo cuando encontraba una hora para cerrar los ojos, pero aquella vez había de vigilar más que nunca.

Figuráos además con qué ansiedad esperaba la mañana. Pero eran apenas las once de la noche, y para el alba había mucho que esperar. El almirante paseaba nervioso en el pequeño espacio del castillo de popa; pero de cuando en cuando, se detenía, fijando la vista en el horizonte, sumergido siempre en las tinieblas.

La «Santa María» avanzaba en tanto, glo-

riosamente, cortando las olas, con el viento en popa; y, a la plácida luz de las estrellas, se dibujaban en la sombra todas sus velas hinchadas. Venía luego la «Niña», con sus velas cuadradas, que sustituyeron a las latinas durante su estancia en las Canarias, y habían hecho la nave más ligera. Precedía a ambas a buen trecho la «Pinta», la gran velera de la expedición; a la cual, esta propia cualidad, y el humor de su comandante Martín Alonso Pinzón, habían hecho aplicarle los epítetos de impaciente frenética. «—Sí, decid; decid lo que os parezca», respondía Martín Alonso Pinzón, cuando veía que bromeaban acerca del andar apresurado de su carabela. «Si la «Pinta» corre más leguas que vosotros todos los días, es prueba de que tiene buen estómago. ¡Y sin beber; fijaos en ello: sin beber! Aunque su nombre casi le daría el derecho de hacerlo.»

Eran las dos de la madrugada y Cristóbal Colón paseaba todavía por el castillo, cuando le vino de pronto un relámpago a los ojos, y después del relámpago a los ojos un ruido fragoroso a los oídos. Era la «Pinta» que disparaba un cañonazo, en alegre señal de haber visto tierra.

La «Pinta» había hecho la señal otra vez

y se había arrepentido de ello. No iba a arriesgarse de nuevo, sin la seguridad absoluta. Si esta vez se arriesgaba a disparar, era que tenía serio fundamento para hacerlo.

Toda la marinería de la «Santa María», todos los oficiales de popa, saltaron a cubierta.

Los marineros de guardia en las velas, habían dado la voz, de proa y de las gavias. Era la «Pinta» la que había descubierto tierra. Efectivamente: después de aquel cañonazo, aferraba velas y hacía más lenta la marcha. Así parecía, al menos, en la penumbra de la estrellada noche.

La «Santa María» seguía, entretanto, su camino, y alcanzó a la «Pinta», mientras ésta acababa la maniobra para empañicarse.

—¡Tierra! ¡Tierra!—gritó Martín Alonso Pinzón, apenas vió acercarse la «Santa María». ¡Tierra, señor almirante! ¡Tierra!

Y todos, desde a bordo de la «Pinta» repetían con eco formidable en la «Santa María», y en la «Niña», que avanzaba a toda vela.

Cristóbal Colón esperó que se aplacase el clamor y preguntó luego en alta voz:

—¿Quién la ha descubierto?

—Un marinero de guardia: Rodrigo de Triana.

—¿A qué hora?

—Una hora ha: disparamos en seguida el cañonazo para daros de ello conocimiento.

—También la descubrió el señor almirante, y hace cuatro horas de eso—dijo a su vez Pedro Gutiérrez—. Serían las diez de la noche cuando vió brillar una luz en la playa.

Cambiadas las noticias de este modo entré ambas carabelas, pusiéronse todos a observar la lengua de tierra, que empezaba a verse claramente como una masa negra en la superficie del mar, a dos leguas de distancia.

—Deprisa, a aferrar las velas—ordenó el almirante.

En seguida fueron aferradas en la «Santa María». No tardó la «Niña» en seguir el ejemplo. Era preciso que empañicaran todos, para evitar el peligro de que hubiese escollos o bajos fondos cerca de la tierra. Para andar de nuevo y acercarse a la orilla, esperábase el despuntar del alba.

XIV.

LA EMOCION DE COLON

Cristóbal Colón estaba visiblemente nervioso. Habría querido rezar y no podía: la turbación del espíritu, oprimido por mil ideas que le acudían en tropel, y el temblar de todas las convulsas fibras, le quitaban, no solo el uso de la palabra, sino la ordenada cohesión de las ideas. Con objeto de cortar el espectáculo de su emoción, bajó del castillo; y bajó con cautela, porque sentía que las piernas apenas le podían sostener; entró de nuevo en su camarote, y una vez allí, echándose con los brazos en cruz sobre el borde de su litera, delante de una imagen de María y de un ramo de espino que un marinero había recogido en el mar, no rezó, no dió gracias al cielo: se desató en copioso llanto. Y fueron mu-

chas las lágrimas vertidas antes que pudiera deshacer el nudo que los sollozos le hicieran en la garganta, y los pensamientos en la imaginación.

Todas las fatigas pasadas, los sufrimientos físicos, los dolores morales, las dudas, las desilusiones, los temores de tantos años desdichados, se ahogaban en aquel mar de lágrimas, que ojo humano no había de ver. ¡Cómo le consoló aquel llanto! ¡Y cuántas cosas dijo que la lengua no habría sabido repetir jamás! ¡Cuánta elevación de alma en aquella postración de nervios! ¡Qué efusión reconocida de un corazón honrado, que gustaba de confesar su poquedad, repitiendo que había recibido del cielo aquella afortunada virtud, sin la cual, él, obscuro marinero, ridiculizado y despreciado, había sido nombrado ministro de una gran obra: de la más grande, tal vez, a que pudiese lanzarse jamás criatura humana.

Lloraba, y llorando se durmió. Estas debilidades inesperadas son propias de robustos organismos. Estos han velado tanto en el dolor del deseo, en la agonía de la esperanza, que al fin, como cuerdas de arco demasiado prietas, acaban por sentir debilitarse sus fibras. Y mientras dormía, soñó con fantásti-

cos reinos, quē ofrecía a los soberanos de Castilla; soñó con luminosas regiones que le ofrecía una mujer dotada de sin igual belleza, que llevaba en la mano y acercaba a su pecho palpitante el ramo de espino florido. Pero aquélla no era la desconocida de los mares. El había visto ya aquel semblante de nobles y delicadas líneas; no le eran desconocidas las largas pestañas que sombreaban, sin ocultarlas, dos brillantes pupilas de luz vivísima; ni lo era el blanco sonrosado de sus mejillas, ni los hermosos cabellos negros, ni la esbeltez de aquel elegante y flexible cuerpo. El la vió, y en sueños murmuró su nombre: Beatriz de Bobadilla. Era para ella, protectora constante y generosa, era para ella el ramo de espino florido. Pero ésta no lo aceptó como presente, sino para regalarlo a la Virgen; pero lo retenía en sus manos, para probarle a él que no desagradecía el presente. Mientras, le dirigía una mirada resplandeciente de pasión, que languidecía en la expresión del anonadamiento supremo; con la mirada, una sonrisa, un latido, un beso enviado lentamente con la punta de los dedos; y desaparecía. El angel de los puros pensamientos, que todos hemos imaginado y entrevisto, amoroso custodio del

hombre, de ese inexperto Tobías del terrestre viaje, no había de aturdirse por aquel beso que la visión del sueño ofrecía al pobre almirante del mar Oceano. Pero ¿era un beso? ¿O era, más bien, un pensamiento pasivo, un saludo, un adiós?

Despertó, por fin. ¿Cuánto había durado su sueño? Púsose en pie, volviendo a la conciencia de sí mismo. No había, sin duda dormido mucho, porque todo era oscuro aún en el camarote, y tenía todavía las mejillas humedecidas por el llanto. Enjugó sus lágrimas, sacudióse y subió de nuevo a cubierta.

XV

LA HERMOSA DESCONOCIDA

No había despuntado el alba todavía, pero en el horizonte distinguíase ya mejor aquella lengua de tierra, isla o promontorio de *continente metido en el mar*. Aquella vez no había que temer una desilusión matutina; las líneas no eran de una nube; se presentaban negruzcas como las siluetas de las colinas en el fondo del cielo. Y era la tierra deseada; era, por fin, aquélla. ¿Cómo iba a presentarse a sus ojos? ¿Semejante en la vegetación a las tierras de Europa? ¿Qué gente la habitaría? ¿Sería el último confín del mal conocido Catay? ¿Una isla solitaria en el mar, y muy distante aún de la rica Cispango? ¡Qué preguntas, a aquella hora! El día era inminente; las dudas iban a desapa-

rēcer; la curiosidad iba a quedar satisfecha, Por el pronto, era la tierra.

A esta conclusi3n vinieron m3s f3cilmentē los marineros, que no sentían la necesidad de saber tantas cosas, y bailaban alegrementē sobre cubierta, acompańando los saltos y cabriolas con alegres canciones campesinas.

El alba deseada ilumin3 el horizonte, difundiendo poco a poco su luz por todo el firmamento. La tierra se veía negra a ún; pero gradualmente se hizo azul violeta, y, por fin, al despuntar en el horizontē los primeros rayos del sol, mostr3 sus crestas doradas, mientras las costas se teńían de verde.

La hermosa desconocida del mar tenebroso, la donante del ramo de espin3 florido, estaba, pues, allí, a la vista de todos. Y todos la devoraban con los ojos. Fu3 preciso que el almirante repitiese la orden un par de veces, para que los pilotos dejaran de contemplarla, y pusieran su atenci3n en las velas que iban nuevamentē a tendersē.

XVI

LAS MARAVILLAS DE LA TIERRA PROMETIDA

En un viernes, que fué el día 3 de agosto de 1942, Cristóbal Colón salió del islote de Saltés, situado en la costa Occidental de Europa, para dirigirse al Nuevo Mundo. Y en otro viernes, que fué el 12 de Octubre del propio año, debía poner el pie en la primera tierra descubierta allende el Atlántico, el terrible mar tenebroso. Y ahora seguid hablando mal del viernes, teniéndolo, si os atrevéis, por un día fatal.

El disco solar hallábase ya por completo fuera de las aguas, cuando el señor Almirante del mar Oceano dió orden de echar las anclas y arriar los botes al agua. El doble trabajo

fué ejecutado rápidamente por la marinería, loca de júbilo. En la barca, como más capaz, quiso Cristóbal Colón como compañeros a los primeros oficiales de la expedición; Diego de Arana, gran alguacil, o jefe de justicia; Pedro Gutiérrez, gentilhombre de Cámara, y cantinero del rey, convertido en racionista general de la escuadra; Rodrigo Sánchez, inspector de armamento y revisor de cuentas; Rodrigo de Escovedo, notario real; Bernardino de Tapia, historiador, y Luis de Torres, judío convertido e intérprete de lenguas orientales, que se suponían se hablarían allí. Seguían los pilotos o lugartenientes de a bordo: Pedro Alonso Niño, Bartolomé Roldán, Sancho Ruiz, Juan de la Cosa. El quinto, Pérez Mateo Hernea, que quedaba de guardia a bordo. Aquel hombre impaciente y colérico, no había creído en la tierra, y la suerte le castigaba no dejándole tomar la tierra entre los primeros.

En el bote más pequeño hizo el almirante que se colocaran los tres escuderos adictos a su persona: Diego Méndez, el fidelísimo; Francisco Jiménez Roldán, el futuro ingrato, y Diego de Salcedo. Con éstos y entre los marineros, colocó también a Cosme y Damián; muestra de particular cortesía para sus dos

genoveses. Y no supondréis en él mira alguna de parcialidad por haber pensado en semejante ocasión en sus conciudadanos. Durante el viaje habían sido dos marineros ejemplares: la obediencia, la prontitud en el trabajo, merecían un premio. Por lo demás, aunque él los consideraba de superior condición a la que ellos demostraban, no parecía distinguirlos de los demás marineros, puesto que los colocó entre los demás remeros.

Y él, en la barca, de pie, en popa, dirigiéndolo el rumbo, se alzaba sobre todos sus oficiales. Tenía en la mano el asta del estandarte: el estandarte de la capitana, el que llevaba el gran crucifijo en campo blanco; mientras los otros comandantes, Martín Alonso Pinzón, de la «Pinta», y Vicente Yañez, de la «Niña», que bajaron en sus botes respectivos, empuñaban los estandartes de sus naves. Estos eran blancos con una gran cruz verde, adornada con las iniciales del rey Fernando y de la reina Isabel, encima de las cuales había la corona real.

Los seis botes se dirigieron a todo remo hacia la orilla, precediendo a todos el que conducía el almirante. Este y sus compañeros estaban asombrados ante el espectáculo de las anchas florestas que se veían en las bajas co-

linas de la isla, y de las frutas de clase desconocida, que colgaban de los árboles. El cielo era puro; las aguas, transparentes como cristal; el aire, templado y saturado de silvestres perfumes; todo cuanto veían, todo cuanto sentían, era alegre y encantador.

Al hallarse cerca de la orilla, los remeros hicieron girar diestramente el bote sobre su eje, con objeto de que presentara la popa a la playa. Cristóbal Colón fué el primero en saltar a tierra, siguiéndole sus oficiales, aunque a respetuosa distancia, reverentes y conmovidos al ver que él, apenas puesto el pie en la arena, se arrodilló y besó tres veces el suelo. Todos le imitaron en este acto de homenaje a Dios; pero tal vez ninguno de ellos vertió las cálidas lágrimas que un vivo sentimiento de profunda gratitud le arrancaba de los ojos.

Alzado después de aquel acto de adoración, desenvainó Colón la espada, desplegó el estandarte real, y, llamando a su lado a los comandantes de la «Pinta» y la «Niña», mientras se postraban los demás oficiales, recitó la plegaria latina que había compuesto él mismo en el viaje, para aquella ocasión:

—Señor Dios eterno y omnipotente, que con tu sagrada palabra creaste el cielo, la tierra y el mar: Sea tu nombre bendito y glorifica-

do; sea alabada tu majestad, que se ha dignado hacer, por obra de éste tu humilde siervo, que tu sagrado nombre sea conocido y predicado en esta otra parte del mundo.

Terminada la plegaria, el almirante plantó el estandarte, levantó la espada, y, clavando la punta en tierra, tomó solemne posesión de la isla, en nombre del rey y la reina de Castilla, imponiéndole el nombre de San Salvador.



